

Fidelidad creativa. Apuntes sobre identidad y renovación

Andrés García Inda

Director General Colegio El Salvador (Zaragoza)

E-mail: dirgeneral@jesuitaszaragoza.es

Recibido: 21 de noviembre de 2016

Aceptado: 1 de diciembre de 2016

RESUMEN: El presente trabajo analiza la expresión “fidelidad creativa” especialmente en el marco actual de nuestras sociedades donde no son pocos los cantos de sirena en torno a la innovación. El autor estudia la relación entre el pasado y el presente, entre la tradición y la creación.

PALABRAS CLAVE: identidad, fidelidad creativa, futuro, pasado, presente, tradición.

«Oía quejas una y otra vez –restos de la vida pasada– eran signos de los comienzos chirriantes de una nueva»¹.

J. CHITTISTER

1. El valor de lo nuevo

«Todo lo hago nuevo» (Ap 21, 5), dice el Dios del Apocalipsis de san Juan. La experiencia del Dios de Jesús es una experiencia de profunda y continua renovación (o

no es tal experiencia). El de Jesús es “el Dios de las sorpresas”². Se supone que un Dios así tendría que encontrar eco inmediato en nuestra realidad cambiante y en constante y rápido movimiento, en un “mundo líquido”³ que apela permanentemente a la innovación como el valor fundamental no solo en la industria, sino en la educación, la espiritualidad, entre otros ámbitos. Pero a fuerza de utilizarla tanto, la innovación misma se ha

¹ J. CHITTISTER, *Tal como éramos. Una historia de cambio y renovación*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2006, 223.

² Cf. G. W. HUGHES SJ, *El Dios de las sorpresas*, Sal Terrae, Santander 2012.

³ Cf. Z. BAUMAN, *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*, Tusquets, Barcelona 2007.

convertido en una referencia gastada, que esconde no pocos cantos de sirena, tentaciones idolátricas. La innovación se ha convertido en algo muy poco nuevo.

«Un Dios conocido –dice Halík– no es Dios en absoluto», y nuestro mundo está lleno de dioses conocidos: «Si alguien quiere anunciar la buena noticia sobre el Dios paradójico del Evangelio, debe encontrar el “altar del dios desconocido”». Esa disposición de búsqueda incesante y apasionada (y la paciencia que conlleva) también sería aplicable a la reflexión sobre nuestra identidad innovadora. Y las cautelas que añade Halík:

«Ese Dios desconocido nos es desconocido porque lo buscamos en lugares inadecuados [...] No lo vemos porque está demasiado cerca [...] Los objetos cercanos todavía somos capaces de verlos, la misma cercanía no la vemos. Vemos los objetos en la luz; no vemos la luz misma»⁴.

En un sentido parecido quizás podríamos decir que la identidad conocida no es innovadora; y que la innovación conocida no es innovación. ¿Por qué? Tal vez porque el discurso dominante de la

innovación solo aspira a ajustarse a las circunstancias, a adaptarse o amoldarse a la realidad líquida del modo más indoloro posible; y la auténtica renovación implica también una forma de destrucción y de ruptura a veces dolorosa que cambia la propia percepción de la realidad misma hasta transformarla. La pregunta fundamental de todo proceso de cambio y renovación, según Joan Chittister, es la siguiente: “¿Qué tenemos que hacer para ser fieles a lo que decimos que somos y hacemos?”. Ese es el gran reto y a la vez, cuando nos lo proponemos, la enorme dificultad se trata de comprometerse con una nueva visión, un nuevo futuro y unos nuevos modos de hacer, precisamente para profundizar en lo que siempre hemos sido, en nuestra propia identidad. No en vano, sociológicamente el cambio es eso: «Una sucesión de diferencias en el tiempo en una identidad persistente»⁵.

La parte más difícil de cualquier proceso de cambio y de renovación, insiste Chittister, consiste en darse cuenta de que las creencias que conforman esa identidad y nos han traído hasta este momen-

⁴ T. HALÍK, *Paciencia con Dios. Cerca de los lejanos*, Herder, Barcelona 2014, 139-147.

⁵ R. NISBET, “El problema del cambio social”, en R. Nisbet *et alii*, *Cambio social*, Alianza, Madrid 1979, 12.

to, se han transformado⁶. Al respecto, T. Halík argumenta:

«La obra más importante sobre la religión en nuestros días, la monumental *La era secular* de Charles Taylor, demuestra de manera convincente cómo en el cristianismo el contexto histórico y cultural transforma constantemente lo que permanece aparentemente intacto. A pesar de que los cristianos de hoy en día creen “lo mismo” que en siglos pasados, creen de manera *diferente*; incluso cuando dicen las mismas palabras, las entienden de forma *diferente*; incluso cuando realizan los mismos rituales en el mismo entorno, esos entornos y esos rituales juegan en sus vidas un papel *diferente* del que jugaron en las vidas de sus antepasados»⁷.

En algunos contextos educativos, se ha resumido esa dinámica con la expresión “fidelidad creativa”. Se trata de ser fieles a lo que somos pero creativamente, porque la

fidelidad implica siempre y necesariamente cambios; o es creativa o no es realmente fiel. En palabras del papa Francisco: «Justo porque permanecemos, porque somos fieles, cambiamos. No permanecemos fieles, como los tradicionalistas o los fundamentalistas, a la letra. La fidelidad es siempre un cambio, un florecimiento, un crecimiento»⁸. En esa fidelidad creativa reside precisamente la tensión. En algunos casos, porque cuando la creatividad se desborda, hay quienes sienten que estamos abandonando la fidelidad a lo que somos (a la memoria o a la tradición); y en otros, cuando se acentúa la idea de fidelidad, porque puede haber quienes piensen o sientan que ya no somos creativos y, por lo mismo, no estamos siendo realmente fieles, sino que estamos anticuados, estancados, petrificados. En ambos casos, por exceso o por defecto, se puede pensar que estamos traicionando o rebajando nuestra identidad, y cuando además esas tensiones se orientan hacia el otro (con el surgimiento de bandos en las organizaciones) el problema fundamental es la confianza.

De ahí que en todos los procesos de renovación, tanto personal como institucional, una de las di-

⁶ Cf. J. CHITTISTER, *op. cit.*, 10 y 58.

⁷ T. HALÍK, *I Want You to Be. On the God of Love*, University of Notre Dame Press, Notre Dame 2016, 55. Cursivas en el original. Es más, no hace falta alejarse mucho en el tiempo para percibir esas diferencias; y el propio Halík ironiza con la “sorpresa” que se llevan algunos “tradicionalistas” al descubrir lo relativamente modernas y extremadamente limitadas que son las formas que tratan de conservar. Cf. *Ibid.*, 57.

⁸ Citado en: Ch. LOWNEY, *Francisco, líder y papa*, Sal Terrae, Santander 2014, 160.

menciones más importantes y una de las preocupaciones más expresadas es la identidad⁹: ¿qué es eso a lo que debemos ser fieles, qué es lo que somos realmente, lo que queremos ser o lo que nos hace ser? Seguramente son muchos y complejos los factores que inciden en el hecho de que la cuestión de la identidad sea una de las más expresadas y reiterada en nuestras instituciones en los últimos años. Algunos relacionados con la necesidad y las ganas de dar respuesta en contextos nuevos a la propia vocación (personal y profesional); otros, también tienen que ver con cierta forma de vivir las crisis y las transformaciones tanto personales como colectivas. No en vano, la preocupación y el reforzamiento de la identidad suele en ocasiones ir vinculada a procesos de crisis y puede consistir más en una huida o en un refugio que en un salto hacia delante. Porque la identidad puede constituir una forma de apertura o de cierre, puede ser incluyente o excluyente, puede adoptar la forma del abrazo o del insulto¹⁰.

⁹ Cf. J. CHITTISTER, *op. cit.*, 147 ss.

¹⁰ Recordemos por ejemplo el relato, basado en la propia experiencia de: A. MAALOUF, *Identidades asesinas*, Alianza, Madrid 1998. Desgraciadamente, no hay que irse muy lejos en el tiempo ni en el espacio para encontrar ejemplos de construcción de la identidad basadas en

2. Tentaciones identitarias

¿Cómo cultivar y alimentar la identidad en contextos de cambio? ¿Qué tipo de identidad? En la tradición judeocristiana encontramos algunos relatos que alertan frente a la tentación de formas de identidad estáticas y excluyentes. Veamos tres de ellas:

a) *La tentación de Lot (Gn 19, 26): la tradición, el pasado*

Hay una tentación nostálgica, por llamarla de alguna manera, a la hora de responder a la pregunta identitaria que tiende a mirar permanentemente hacia el pasado, idealizándolo pero en cualquier caso buscando en él la esencia de lo que se entiende actualmente como pérdida. La tradición o la herencia recibida constituye un tesoro que debemos cuidar y aprovechar, pero si nos quedamos mirando atrás corremos el peligro de petrificarnos, como la mujer de Lot, que se convirtió en estatua de sal por quedarse mirando hacia atrás. En ocasiones, esa añoranza irreal por otro tiempo o espacio va pareja con el miedo a perder algo importante, a su disolución. Pero quizás, y paradójicamente, es

el rechazo y en la exclusión (como es el caso de los nacionalismos).

a esa disolución a la que estamos convocados en nuestro mundo líquido: no estamos llamados a ser estatuas de sal, sino «sal de la tierra» (Mt 5, 13).

b) *La tentación saducea (Mt 3, 9):
la pertenencia, la estirpe*

Otra de las tentaciones o los riesgos de la pregunta identitaria es la que tiende a hacer de ella, como decíamos anteriormente, un refugio o una justificación, en lugar de un estímulo o una provocación. El valor que se acentúa o que se quiere preservar a toda costa (y que sirve de referencia o criterio a la hora de evaluar la “fidelidad creativa”) es la pertenencia a una estirpe o a una saga (“los de siempre”, “los de aquí”, “los de los nuestros”). La identidad se convierte entonces en un barniz o una especie de costra ideológica o cultural con la que enlucir la realidad a través de una serie de lenguajes o símbolos que todos han de compartir necesariamente: por ejemplo, con unas cuantas referencias o aforismos entresacadas convenientemente de la literatura fundacional, que todos deben conocer y manejar, o tomando algunas anécdotas o experiencias vividas como momentos fundacionales, etc.; pero al margen de cualquier implicación práctica que no sea meramente legitimadora.

Eso es lo que, tal como nos cuenta el Evangelio de Mateo, Juan el Bautista reprochaba a muchos fariseos y saduceos que acudían a bautizarse y que posiblemente (y seguramente de un modo honesto y sincero) pensaban que por el hecho de pertenecer a una estirpe, de compartir unos mismos códigos o hablar un mismo lenguaje, o cumplir con una serie de preceptos o rituales ya todo estaba hecho: «No basta decir *tenemos por padre a Abraham* –les decía Juan el Bautista–, pues os digo que de esas piedras puede sacar Dios hijos para Abraham» (Mt 3, 9).

Parafraseando el evangelio, podríamos añadir que no basta con decir que tenemos por padre (o madre) a san Ignacio, a santo Domingo, a san Francisco o a santa Teresa de Jesús, entre otros muchos posibles, o que “somos” de jesuitas, de marianistas o de escolapios. No es la pertenencia o el número de apellidos (como en la famosa película *Ocho apellidos vascos*) lo que define realmente nuestra identidad.

c) *La tentación farisea (Mc 2, 24):
la norma, el límite*

No son pocas las escenas de los evangelios en las que los fariseos tratan de poner a prueba a Jesús enfrentándole con la Ley. Quizás

la más conocida es aquella en la que le preguntan a Jesús por la costumbre del sábado. En tiempos de gran incertidumbre, como los que nos toca vivir, existe también el riesgo de hacer del discurso identitario un límite o diferencia, que se concreta en un credo ideológico bien definido o en una serie de requisitos normativos que hay que cumplir. En esos casos, la identidad acaba convertida en un arma arrojadiza con la que se reparten certificados o anatemas (de compromiso o fidelidad), o con la que se bendice o se excomulga; la identidad se reduce al respeto a determinadas normas o convenciones que supuestamente expresan la esencia de la institución (que pueden ir desde el horario, la vestimenta o los rituales al asentimiento ideológico). Javier Cortés ha insistido en esta cuestión, con carácter general, sobre la escuela católica (EC):

«La Escuela Católica no puede articular su discurso identitario desde el límite (“tienes que saber a dónde vienes”). La identidad de la EC debe ser narrada como una fuente inagotable de posibilidades de ser en el mundo educativo (ser educador, ser comunicador de sentido, ser acompañante de los procesos personales de los alumnos, ser creador de cultura, ser un profesional vocacionado, etc.). De la identidad como límite a la identidad como fuente de ser,

de innovación y de creatividad [...] La identidad se manifiesta en la fecundidad»¹¹.

Notemos, en cualquier caso, que tanto la tradición (la historia, el pasado), como la pertenencia o las normas son aspectos muy importantes de cualquier organización que esta debe cuidar. Evocar y cuidar la historia de la institución, alimentar el sentido de pertenencia o evaluar y codificar determinadas prácticas comunes son dimensiones muy positivas que ayudan a fortalecer la identidad personal y colectiva. El problema radica en la absolutización de tales aspectos, convertidos ellos mismos no tanto en el resultado sino en la fuente, y en ocasiones en la única fuente, de toda identidad, cuando en realidad la identidad es el resultado de un proceso complejo y en ocasiones conflictivo en el que a veces se enfrentan esos tres elementos. En esos casos, de obsesión identitaria, por así decirlo, las organizaciones tienden a lo que se ha llamado la neurosis institucional. Como escribe J. Chittister, las organizaciones neuróticas, como los individuos neuróticos, buscan la referencia fuera de sí mismas:

¹¹ J. CORTÉS, *La escuela católica. De la autocomprensión a la significatividad*, PPC, Madrid 2015, 210-211.

«Dependen de visiones pasadas de la organización, de autoridades de fuera, de tópicos y prescripciones más que de su propia visión de futuro. Simplemente siguen haciendo lo que siempre han hecho, funcione o no, tenga sentido actual o carezca de él. Y aquellos que permanecen en estas organizaciones, lo hacen sin hacer preguntas». En tales circunstancias, se tiende a culpar a otros de las dificultades que se atraviesan, a fantasear con la fortaleza o las cualidades de la propia organización o a glorificar el pasado: “En las organizaciones neuróticas, la glorificación del pasado se convierte en una ocupación en sí misma. La celebración del ayer agarra a un grupo como un vicio»¹².

Sucede lo mismo cuando la obsesión se centra en la necesidad de introducir cambios, cualesquiera que estos sean, por el entusiasmo de ponerse al día, convirtiendo la renovación en un simple maquillaje que en realidad no cambia nada, porque simplemente importa novedades desde fuera y convierte a la organización en una caricatura de sí misma. Si retomamos la idea con la que comenzábamos, deberíamos sostener además que la renovación permanente constituye un ele-

mento esencial de la identidad institucional, en el caso de las organizaciones que se llaman cristianas. De ahí, como dice Javier Cortés, que «la inquietud sobre la identidad no admite una respuesta estática al modo de un credo bien articulado, sino que lleva inevitablemente a una actitud de búsqueda en acción»¹³.

3. La tradición

Por eso mismo, la auténtica renovación se revuelve contra la tradición precisamente para descubrir y ser fiel a la esencia de la tradición. Lo que ocurre, como decíamos en otro lugar, es que a menudo identificamos equivocadamente la tradición con las rutinas, los ritualismos o las convenciones sociales. Confundimos así el regalo con el envoltorio. Con su habitual perspicacia y lucidez, Thomas Merton incidió en esa distinción con palabras que merece la pena reproducir en su integridad y que, aunque en el momento en el que las redactó estaban pensadas en el contexto del monaquismo de los años sesenta del siglo pasado, su sentido trasciende hoy los años y los muros dentro de los que fueron escritas:

¹² J. CHITTISTER, *op. cit.*, 245-248.

¹³ J. CORTÉS, *op. cit.*, 210.

«La tradición es viviente y activa; la convención es pasiva y muerta. La tradición no nos forma automáticamente: hemos de trabajar para entenderla. La convención se acepta pasivamente como cuestión de rutina; por eso la convención se vuelve fácilmente una evasión de la realidad, nos ofrece solamente falsas maneras de resolver el problema de la vida: un sistema de gestos y formalidades. La tradición nos enseña realmente a vivir y nos muestra cómo asumir la plena responsabilidad de nuestra vida. Así es como la tradición es a menudo totalmente contraria a lo ordinario, a lo meramente rutinario. Pero la convención que es mera repetición de rutinas familiares, sigue la línea de menos resistencia. Uno va a la realización de un acto sin tratar de entender su significado completo, meramente porque los demás hacen lo mismo. La tradición que siempre es vieja es, al mismo tiempo, siempre nueva porque está reviviendo, naciendo de nuevo en cada generación, para ser vivida y aplicada de una manera nueva y particular. La convención es simplemente la osificación de las costumbres sociales. La actividad de las personas convencionales sólo es una excusa para *no* obrar de una manera más íntegramente humana. La tradición nutre la vida del espíritu: la convención sólo disfraza su interior decadencia. Por último, la tradición es creadora. Siempre original, ella

se abre constantemente nuevos horizontes para una vieja jornada. La convención, por el contrario, es plagiadora, limitadora, abyecta; cerrada sobre sí misma, lleva a la esterilidad completa. La tradición nos enseña a amar porque desarrolla y expande nuestras fuerzas y nos enseña a darnos al mundo en que vivimos a cambio de todo lo que hemos recibido de él»¹⁴.

Al leer algo así, uno siente necesariamente la obligación de preguntarse, aunque sea a beneficio de inventario, por la propia herencia social y cultural. En nuestra organización, institución o proyecto, ¿qué es en realidad tradición y qué es rutina o mera convención social? Cuenta Carlos Díaz, en uno de sus innumerables y fecundos libros, que

«entre los indígenas de Chiapas, cuando el maestro, derrotado por los años, decide retirarse, le entrega al alfarero joven su mejor vasija, la obra de arte más perfecta. El joven recibe la vasija y no la lleva a casa para admirarla, ni la pone sobre la mesa en el centro del taller para que, en adelante, le sirva de inspiración y presida su trabajo. Tampoco la entrega a un museo.

¹⁴ TH. MERTON, *Los hombres no son islas*, Sudamericana, Buenos Aires 1998, 141. Ya hicimos estas reflexiones a modo de presentación en: AA.VV, *Cartas a un joven profesor*, Mensajero, Bilbao 2015, 7-11.

La estrella contra el piso, la rompe en mil pedazos y los integra a su arcilla, para que el genio del maestro continúe en su obra».

«La obra de arte, acabamos de verlo, es tradición, es decir, entrega (*traditio*) de un arte que sólo puede ser reproducido por la mano de otro artista, el cual sólo puede recrear lo creado por su maestro deshaciéndolo de forma creativa e incorporadora, no destruyéndolo. Si lo destruyera no podría incorporarlo, pero si no lo retomase desde sí mismo, desde su libertad creadora, tampoco. En el primer caso sólo habría vandalismo, en el segundo plagio. Lo que evita el vandalismo y el plagio es la paciencia: en ella hemos de buscar las grandes tradiciones creadoras»¹⁵.

4. Pruebas de identidad

El relato del alfarero de Chiapas recuerda también, a su manera, que la fidelidad creativa implica

¹⁵ C. DÍAZ, *La virtud de la paciencia*, Trillas, México 2004, 81. También: «Tradición eran los elementos esenciales de la fe, recordados pero encarnados por cada generación. Una comprensión de “tradición” que se basaba solamente en modelos históricos de prácticas y costumbres —las cosas que “siempre hemos hecho”— [...] comenzó a ser contestada ante los contenidos esenciales de la fe». Cf. J. CHITTISTER, *op. cit.*, 99.

momentos y formas de ruptura. Si el grano no muere no da fruto, nos recuerda el evangelio (cf. Jn 12, 24). La renovación exige también en algunos momentos suprimir, destruir o deconstruir lo que otros o nosotros mismos habíamos creado y construido. Más aún, contra la extendida falacia de que siempre es mejor no cambiar nada (o mantener lo existente) hasta que no tengamos una alternativa concreta, a veces para que pueda surgir una alternativa es necesario dejar de hacer lo que hacemos (porque hay cosas, actividades o dinámicas que languidecen y nos “arrastran” en su agonía). Pero por eso mismo, la renovación no es nunca un camino amojonado, fácil e indoloro, sino que conlleva caos, conflicto y confusión¹⁶. De ahí que surjan dudas y quejas, sea entre nosotros o sea dentro de nosotros mismos, que pueden ser vistos luego, como decía J. Chittister, como “los comienzos chirriantes de una nueva vida”. No hay resurrección a la vida nueva si no se muere a lo antiguo. Y toda “muerte” conlleva duelo. Para llegar a celebrar la

¹⁶ «El cambio, si es auténtico, nos lleva a donde no hemos estado antes y jamás podíamos haber imaginado que llegaríamos. Requiere el coraje de un explorador y la fantasía de un soñador. El proceso es simple: existen o control o cambio. No puedes tomar los dos caminos a la vez». Cf. *Ibid.*, 148 y 215.

Pascua hay que pasar por los tres días de la soledad del sepulcro, pero sin quedarse en ellos. Como escribe el poeta Ginés Liébana, “no conviene instalarse en el pedestal de la catástrofe”¹⁷.

Lo nuevo que nace nunca va a ser lo mismo que lo anterior. ¿Cómo podemos reconocernos entonces ahí? ¿Realmente estamos siendo fielmente creativos? ¿Seguimos siendo los mismos? ¿Quiénes somos? ¿Cómo probar nuestra identidad sea personal o colectiva, institucional? Al buscar esas referencias para probar o descubrir quiénes somos realmente, podemos correr el riesgo de recaer nuevamente en nuestras tentaciones identitarias: querer regresar al pasado, aferrarnos a las costumbres y a los usos, reforzar las normas existentes.

El filósofo y teólogo checo Tomás Halík recuerda que cuando decimos que la resurrección de Jesús es la respuesta de Dios a la gran pregunta de la cruz, es difícil comprender realmente todo su sentido, porque no se trata simplemente de una “resucitación” a la vida terrena, o de una expresión mitológica. Tratando de profundizar en la cuestión, Halík lo plantea de otro modo. Podemos decir que

cuando la gente eliminó a Jesús de la tierra, Dios “lo puso de nuevo en juego”, piensa Halík; pero ese Jesús había cambiado radicalmente; siendo él mismo, era (y es) otro distinto, irreconocible; incluso sus más íntimos amigos apenas lo reconocían. Los evangelios nos cuentan que los discípulos en el camino a Emaús pensaron que era un extranjero, un extraño que debía de venir de lejos para no estar al tanto de lo que había sucedido en Jerusalén aquellos días (cf. Lc 24, 16-18); María Magdalena creyó que era un hortelano (cf. Jn 20, 15); y Tomás exigía pruebas físicas de que era realmente Jesús (cf. Jn 20, 25). ¿Cómo acabaron por reconocerlo? Los relatos evangélicos nos dicen que los discípulos de Emaús lo reconocieron “al partir el pan”, María Magdalena cuando Él la llama por su nombre y Tomás al tocar sus heridas. Halík concluye: «En la fracción del pan, en su voz y en sus heridas, ellos encuentran su amor. Esa es su “prueba de identidad”. Eso demostró por sí solo ser un poder más fuerte que la muerte».¹⁸ ¿Son esas (el partir y compartir el pan, la voz y la llamada, sanar las heridas) nuestras “pruebas de identidad”? ¿Por cuáles nos reconocen o queremos que nos reconozcan? ■

¹⁷ Cf. G. LIÉBANA, *Resucita Loto*, Sibiriana, Zaragoza 2011.

¹⁸ T. HALÍK, *I Want You to Be*, 18.